

# **GEORGE SIMMEL: NOTAS SOCIOLOGICAS PARA LA DISCUSION SOBRE LA NATURALEZA DEL ESPACIO Y LA CULTURA DE LAS METROPOLIS**

*ALVAREZ, Gabriel Horacio (\*)*

## **RESUMEN**

Los Estudios Urbanos contemporáneos junto a algunos sub-campos de la Sociología y la Geografía han revitalizado durante las últimas décadas los debates sobre el espacio y los cambios metropolitanos desde sus aspectos culturales. En este sentido, para el presente artículo nos proponemos la selección de algunos momentos de la obra y de la vida intelectual de George Simmel a los fines de establecer desde allí algunas claves de interpretación sobre la naturaleza del espacio y la vida mental de las metrópolis, considerando para estas últimas las relaciones que a nuestro juicio el autor ha establecido entre la cultura y la economía. Creemos pertinente tal selección en la medida que muchos de los marcos de la sociología y la geografía culturales actuales toman como base los análisis y las impresiones de Simmel tanto en lo que refiere a su ontología del espacio como a sus impresiones sobre la naturaleza de las metrópolis.

**Palabras clave:** Espacio - Espacio Urbano - Cultura objetiva y subjetiva - Economía monetaria

(\*) Magíster en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural.  
Universidad Nacional de San Martín.  
Campus Miguelete - Martín de Irigoyen 3100 – (1650) San Martín - Buenos Aires.  
E.mail: [alvarezgabriel@speedy.com.ar](mailto:alvarezgabriel@speedy.com.ar)

# **GEORGE SIMMEL: SOCIOLOGICAL NOTES TO UNDERSTAND THE DISCUSSION OF SPACE'S NATURE AND METROPOLIS' CULTURE**

## **ABSTRACT**

During the last decades Contemporary Urban Studies as well as some sub-fields of Sociology and Geography have revitalized the discussions about cultural aspects of space and metropolitan changes. We propose the selection of some moments of George Simmel's work and intellectual life to establish some reading keys of space's nature and mental life of metropolis that take into account the relationship between culture and economy established by this author. We consider this selection appropriate as long as many of the current cultural frameworks of Sociology and Geography are based on Simmel's analysis and impressions both related to his ontology of space and metropolis nature.

**Key words:** Space - Urban space - Objective and subjective culture - Monetary economy

## Introducción

Modernidad y metrópolis son algunas de las formaciones sociales y espaciales, respectivamente, sobre las que George Simmel ha reflexionado sociológicamente con mayor originalidad tomando en ambos casos, como base de sus preocupaciones, el avance de la *cultura objetiva* frente a la *cultura subjetiva* de fines del siglo XIX e inicios del XX. Las formas de sociabilidad que impulsó la nueva sociedad de masas en el contexto urbano y metropolitano de entonces llevaron a Simmel a concebir al espacio como una variable social de importancia a tal punto que se transformó en uno de los primeros sociólogos que reflexionaron en torno a su ontología, así como sobre el papel que aquel desempeña en el cotidiano de cualquier forma de interacción social. No obstante, cabe la advertencia de que los usos y los significados sobre el espacio que él sostuvo difirieron sustancialmente de los establecidos para la misma época por parte de la Geografía u otras disciplinas y perspectivas que lo concibieron como algo dado y de raíz estrictamente objetiva. Globalmente, y a manera de introducción, podríamos sostener que los interrogantes que se plantea Simmel en relación con el espacio no fueron desarrollados en torno a su materialidad más estricta sino sobre su significatividad espiritual y el carácter eminentemente sociológico de su naturaleza. En esta línea de reflexión, el espacio para Simmel –en tanto existencia euclidiana “objetiva y mecánica”– no produce en “sí mismo” efecto alguno (1). Fuera de todo esencialismo, el espacio interesa a Simmel en su carácter de precondition formal para la sociabilidad humana y, llevado al plano de sus planteos sobre el espacio urbano metropolitano, puede ser considerado como una variable independiente capaz de influir significativamente en la conformación de la subjetividad humana y en los procesos de la individuación social.

## Primera parte: Algunos atributos del espacio Límites I: territorio y fronteras

Para Simmel el espacio cobra existencia, y pasa a formar parte de la naturaleza de la vida social en la medida que dos personas entran en acción recíproca y reciprocidad funcional. Antes de dicha relación existe un “vacío”, un “entre dos”, sin significación aparente para las relaciones humanas que se “llena” en la medida que las interacciones sociales generan significados sobre el espacio. Por ejemplo, efectos de espacio como la vecindad o la extranjería no son producidos en sí mismos por la distancia o proximidad espaciales euclidianas –que pueden ser de mayor o

menor extensión- sino exclusivamente en virtud de los factores espirituales que aquellas desencadenan en los individuos en determinados grupos sociales y circunstancias particulares. En este sentido, a juicio de Simmel, una de las características y/o atributos con los que cuenta el espacio –entre muchos otros como el exclusivismo, las fijaciones, las rotaciones, las proximidades y las distancias- es el que se relaciona con los límites –sociológicamente conformados- en cuanto dan pautas sobre la inclusión y/o exclusión de *otros*.

Los límites, en algunas de las acepciones de Simmel, se encuentran directamente relacionados con la fragmentación en partes o “trozos” (Simmel, G. 1908:213) a la que se ve sometido el espacio para su aprovechamiento práctico e imaginario por parte de grupos socio-culturalmente diferentes. En este sentido, el límite actúa como una cualidad del espacio en virtud de los significados que diferentes grupos sociales están en condiciones de producir acerca de él, en tanto se trata de fragmentos identificables como unidades de cohesión socialmente diferenciadas.

De acuerdo con muchos abordajes sociológicos, antropológicos y geográfico-culturales que actualmente entreven como *territorios* a determinados espacios de identidad cultural y a unidades de cohesión, la expresión “trozos” viene a significar para Simmel los espacios de la alteridad, en tanto son partes de un mosaico que, en el caso de ser urbanos y localizados en la gran ciudad, lograron distintos modos de particularización con relación a *otros* espacios vecinos. Por ello, el límite tiene para el grupo social una significación semejante a la que posee para la obra de arte su propio marco.

Si mantenemos la metáfora de Simmel, el marco estaría indicando la interrupción de un mundo con normas propias, en tensión con *otros*, que obedece y se rige también por normas diferentes. Así: “*Ya sea que la configuración de la superficie terrestre nos parezca imponer el marco que dibujamos en la ilimitación del espacio, o ya sean líneas puramente ideales las que separen trozos homogéneos del suelo (como la divisoria de aguas, a cada uno de cuyos lados gravita hacia un centro distinto), siempre concebimos el espacio que un grupo social llena de algún modo, como una unidad, y esta unidad expresa y sostiene la del grupo, siendo al mismo tiempo sostenida por ella*”. (Simmel, G. 1908:213).

En las acciones recíprocas de los grupos e individuos están presentes la idea de un “entre” dos individuos y/o grupos sociales- así como la causa de la existencia de los límites en cuestión, y los “trozos” que existen a uno y a otro lado. Se trata entonces, de límites que no

convienen a un hecho espacial con efectos sociológicos sino que, de otro modo, son un hecho sociológico con una forma espacial (Simmel, G. 1908).

Los límites en el espacio no corresponden sólo a un poner fin a una continuidad territorial e interpenetración psicológica de unidad sino, combinadamente, a favorecer la expansión y poner en contacto lo diferente, lo *uno* con lo *otro*. En este aspecto, el primero de los sentidos que hasta aquí mencionamos define los límites como una expresión espacial de relación unitaria que, por una suerte de homogeneidad de significación en la estructura de una superficie, “colorea” de un modo particular las relaciones de los habitantes en el entre sí, pero que además crea condiciones para la conformación de relaciones sociales particulares frente a los que están por fuera.

Los impresionismos sobre el espacio que reconstruye Simmel adoptan las ideas de Kant sobre su carácter pre-existente como una categoría mental preformadora, reconociéndola en su inspiración idealista, aunque de naturaleza y función sociológica, y de consecuencias sociales concretas. De naturaleza sociológica e idealista, en la medida que “*se ha convertido en un producto espacial y sensible, en algo que dibujamos en la naturaleza con independencia de su sentido sociológico y práctico, esto ejerce una influencia retroactiva sobre la conciencia de la relación entre las partes*”. (Simmel, G. 1908:216). Así, Simmel entiende que el espacio como una representación humana, en el sentido kantiano, es siempre sociológico. Y ello, en la medida que adquiere la forma de límite por sus atributos espacial-sensibles, objetivos, pero que debe considerarse operando en las conciencias y en la superestructura anímica, ejerciendo una determinada influencia desde la cultura sobre la relación entre unos y otros, los que están a un lado y al otro del límite (2).

Probablemente sean las nociones actuales de *frontera* y *espacio de borde* las que más ampliamente han desarrollado hoy los analistas de la cuestión territorial para la Antropología, la Sociología y la Geografía en su relación de vecindad conceptual con la noción de límites que utiliza Simmel. Por deslizamiento de sentido, las relaciones de afinidad conceptual entre límite y frontera vienen a significar “un estado indiferenciado de defensiva y ofensiva” en la medida que a un lado y al otro, sin depender estrictamente del espacio natural, existen dos vecinos y una conciencia de delimitación que pone de relieve “el poder formal de la cohesión social” y la “expresión espacial de una relación unitaria” (Simmel, 1908: 218).

En definitiva, la idea que delinea Simmel para la noción de límite más que separar dos mundos extraños y sin posibilidades de conexión

entre ellos viene a poner en “contacto” una acción recíproca muy singular, en la medida que “*cada uno de los dos elementos actúa sobre el otro, en cuanto le pone límite*”. (Simmel, G. 1908: 215). En este sentido cabe consignar que los “marcos” espaciales y límites de los que habla Simmel no dan cuenta sólo de aquellos de carácter político que un Estado pueda sostener, sino de una construcción social y en “*donde quiera que se encuentren reunidos un grupo de hombres*”. (Simmel, G. 1908: 221).

## Límites II: espacio vacío y neutralidad del espacio

Los límites son socialmente útiles a los fines de clarificar sobre los significados de determinadas valoraciones sociales acerca del espacio, bajo la discusión sobre lo que él denomina el *espacio vacío* y *neutralidad del espacio* (Simmel, G. 1908: 291-296). Avanzando sobre la hipótesis inicialmente sostenida aquí, en cuanto a que el espacio es el producto de la reflexividad social, Simmel considera que éste nunca actúa como algo dado, sino que lo hace en el plano de la cultura y sin consecuencias per se desde su sola existencia empírica. Aquello que Simmel denomina estrictamente espacio vacío corresponde a determinadas relaciones sociológicas y tensiones entre grupos que, como un campo de fuerzas ofensivas/defensivas, son el resultado de la decisión de establecer un límite al que le sigue un espacio vacío que “finaliza” en el comienzo de los límites de un *otro*.

Sobre lo anterior, Simmel brinda ejemplos concretos y empíricos al mencionar ejemplos pre-modernos sobre la existencia de determinadas franjas o “lenguas” de terreno “sin dueño” (denominadas por él como *territorios de nadie*), que pueden ser transpuestas análogamente a los existentes en/entre las relaciones inter-personales. Algunas expresiones cabales acerca de esta idea son, a juicio de Simmel, “*si no me haces nada, no te haré nada tampoco*” o bien “*me portaré contigo como tú conmigo*”. (Simmel, G. 1908:292), por las cuales quedan configuradas tensiones y distancias “entre dos” que dan cuenta de un espacio neutral y un territorio de nadie que pueden ser alterados en virtud del incremento de la capacidad ofensiva de uno/s con relación a otro/s. Los límites que resultan de este campo de fuerzas pueden ser físicos o no, pero en todo caso y para ambas situaciones, y cualquiera sea la forma que adquiera la relación, se trata de tendencias interiores de los grupos y de los individuos que pueden encarnarse sociológicamente en el espacio físico, pero que vuelven sobre la conciencia en un proceso ininterrumpido.

Como resulta característico en Simmel, sus analogías y conclusiones son relacionales y en este caso establecen puentes entre el

comportamiento de las personas desde las que no explicita referencias espacio-temporales concretas, hasta las que comprenden a determinadas y particulares formaciones sociales. Además, puede relacionar en un mismo enunciado situaciones de edades históricas anteriores (por ejemplo sobre la frontera romana) con fenómenos de impresionista cotidianeidad micro-sociológica. Sus analogías se extienden desde las relaciones sociales que entablan los niños en sus juegos hasta las que conforman las personalidades económicas de peso; desde los romanos hasta individuos probablemente actuales, aunque en todos los casos tienen como factor común la penetración psicológica de uno en relación con *otro* al disputar territorios que son estrictamente morales.

Los espacios vacíos y los territorios de nadie de esta suerte de geografía política y del poder son para Simmel como las lagunas que dejan las leyes con relación a las prácticas concretas de los individuos. *“Finalmente, vemos análogos fenómenos en el campo de la conducta en general, considerada bajo la categoría de la moral. Como ninguna organización social posee bastantes leyes y energías para obligar en absoluto a sus miembros a observar la conducta moral deseada, no tiene más remedio que dejar que éstos, voluntariamente, se abstengan de aprovechar las lagunas que quedan en las leyes”*. (Simmel, G. 1908: 293).

Las lagunas que a su juicio quedarían en las leyes pueden ser a nuestro criterio lo que el propio Simmel denomina como los *territorios de nadie* o los *espacios vacíos* siempre sujetos a tensión y a un tipo de soberanía que se reconfigura en las interacciones sociales. De este modo, extendiendo los significantes *espacio* y *territorio* a una suerte de negociación de fuerzas morales y relaciones de poder, los límites también pueden ser estructurados para Simmel en virtud de impulsos morales internos y contrapuestos de los individuos o los grupos. Las ideas del autor sobre el espacio y el territorio se encuentran ante un deslizamiento de sentido que no se encuentra determinado por una espacialidad de tipo material –aunque esto último pueda estar presente– sino a dos fuerzas morales diferentes y contrapuestas que se enfrentan en el ámbito de la cultura en tanto espacio de conflicto y negociación acerca de significados. La regla que define esta relación ya no refiere estrictamente a espacios habitados y eventualmente territorios ocupados sino a un terreno de lo simbólico de infinita diversidad que, definido por la conducta, es una regla que descansa en el enunciado: *“lo que no está prohibido está permitido”* (Simmel, G. 1908: 293).

Reseñadas hasta aquí algunas breves ideas de Simmel sobre el espacio y sus cualidades, nos interesa para la próxima parte establecer y

poner en discusión algunas posibles pistas de lectura sobre sus concepciones acerca de la naturaleza de la metrópolis moderna, que de modo alguno pueden separarse de la emergencia de una nueva subjetividad humana fuertemente controlada por el urbanismo como modo de vida y por la naturaleza sociológica del espacio tal como lo desarrollamos más arriba. En este sentido, la clave consiste en considerar el peso y el avance de la cultura objetiva sobre la cultura subjetiva, la emergencia de un tipo de relaciones sociales modernas sustancialmente diferentes a las anteriores, y en especial un diálogo entre la cultura –como instancia supraestructural- y la economía –en cuanto a sus relaciones estructurantes y estructuradas- que a menudo son un tanto ignoradas cuando se aborda el pensamiento de este autor. Las implicancias de la última de estas afirmaciones son re-visitadas por los estudios urbanos cada vez que se proponen establecer la raíz de los cambios objetivos/subjetivos de las metrópolis actuales.

## **Segunda parte: la metrópolis y el avance de la cultura objetiva sobre la cultura subjetiva**

Una parte significativa de la producción de conocimientos en Geografía Urbana ha estado en diálogo permanente con los estudios urbanos producidos por la Escuela de Chicago. En este sentido, los programas de investigación que encontraron las mayores condiciones de recepción en la mencionada disciplina, no fueron históricamente, los de corte simmeliano. Por el contrario, las principales preocupaciones de los geógrafos se entablaron en acuerdo a la tradición ecológico-naturalista y de transmisiones de corte positivista, antes que las de formulación cultural.

Una de las preguntas que aún permanece en la discusión de los Estudios Urbanos, la Sociología Urbana y la Geografía Urbana, descansa en la preocupación ontológica sobre ¿Qué es la ciudad moderna? ¿Qué es lo urbano contemporáneo? Difícil de hallar en Simmel una respuesta omnicompreensiva y lineal sobre la cuestión; es posible encontrar en cambio algunos elementos teóricos y de discusión –según sus propias preguntas- que permiten entrever respuestas tentativas desde lo que él mismo denomina la vida mental de las metrópolis (Simmel, 1986 [1903]), aunque sin ignorar mediante el mismo ejercicio el impulso de los cambios que tienen como base la expansión de la economía monetaria.

Una de las primeras cuestiones en las que se detiene Simmel para caracterizar a la metrópolis moderna radica en poner en evidencia la excepcionalidad de su estilo de vida contrapuesto al de una pequeña aldea

–por entonces siempre asociada a los espacios rurales–, en la medida que en aquellas grandes ciudades convergen la emergencia de una nueva organización social, que se caracteriza por la generalización de la economía monetaria y en la conformación de una subjetividad hasta este momento inexistente, la del *urbanita* (3).

Mediante este proceso, que es el del capitalismo triunfante hacia mediados y fines del siglo XIX, se va en camino de eliminar los últimos restos de la producción propia y del intercambio inmediato de las mercancías, así como de consolidar la emergencia de una nueva personalidad humana, de carácter urbano. Así, el estilo de vida urbano –y en particular el metropolitano– se ve caracterizado casi por completo por la producción para el mercado, es decir, para consumidores completamente desconocidos que nunca entran en la esfera de acción del auténtico productor; esto se contrapone con lo esencial del ámbito psicológico-económico que caracterizaba las relaciones sociales anteriores –prototípicas de la pequeña aldea rural- en donde el cliente encargaba la mercancía, de modo que productor y consumidor se conocían mutuamente (Simmel, G. 1986 [1903]).

La división del trabajo emergente del capitalismo –o de la economía monetaria respetando las palabras de Simmel- se caracterizó desde sus inicios por el crecimiento y la profundización de la distancia social existentes entre el productor y el producto, así como por una concomitante disociación entre la personalidad creadora y la obra creada. El proceso no puede desentenderse, a su vez, de la nueva y emergente división del espacio urbano por la cual se asigna mecánica y fríamente funciones a lugares y usos del suelo, dependiendo del cálculo rentable, antes que a la generación de lazos comunitarios, alterando así radicalmente una parte significativa del tipo de sociabilidad que caracterizaba a las pequeñas ciudades hasta ese momento.

No obstante la mención por parte de Simmel de estos procesos de formación y desarrollo de las áreas urbanas, siempre se mantuvo más preocupado por las derivaciones que ello pudiera tener en las relaciones sensibles y estéticas, y de la cultura subjetiva en general, antes que por sus dimensiones estructurales. La situación, según su perspectiva, debe ser comprendida en un proceso mucho más vasto que es el de la objetivación de la cultura moderna y sus efectos sobre el individuo. Objetivación y efectos que encuentran en la economía monetaria una base causalística y dialéctica que el propio Simmel no desatiende sino que, a nuestro juicio, están significativamente presentes en su artículo “Las grandes urbes y la vida del espíritu” y con especificidad en su libro la *Filosofía del dinero*.

## **Economía Monetaria y cultura subjetiva. Cultura objetiva y personalidad urbana.**

Para poder pensar en los cambios de la mentalidad urbana de aquel momento, la figura con la que Simmel entabla, en tensión, el diálogo sobre economía monetaria, capitalismo y cultura es, de modo indiscutible, la de Carlos Marx. En ese sentido, el binomio base y superestructura que Marx desarrolla en su *Prologo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política* (1859) es el referente teórico más fuerte al que recurre Simmel cuando expresa la necesidad de establecer adecuadas relaciones de mediación con el binomio mencionado sin que ello signifique, ni mucho menos, una adopción teórica de los enunciados de Marx.

Las relaciones entre la base y la superestructura son expresamente consideradas en el *"Prefacio del Autor"* de la *Filosofía del Dinero* al manifestarse a favor de *"echar los cimientos en el edificio del materialismo histórico"* (Simmel, G. 2003 [1900]: 5) para comprender los modos en que la cultura se expresa en el mundo de la economía, y la economía es parte de una cultura. Esta expresión sirve para establecer, por nuestra parte, prudentes relaciones e hipótesis sobre la influencia que ejercen para Simmel la cultura objetiva moderna y la economía monetaria sobre la subjetividad moderna, los modos de vida urbanos y el individuo urbano o *urbanita*. Para Simmel echar los cimientos en el edificio del materialismo histórico es rescatar el valor *"explicativo de la importancia de la vida económica en la causación de la cultura espiritual y, al mismo tiempo, se reconozca a las formas económicas como resultado de valoraciones y corrientes más profundas, de presupuestos psicológicos y hasta metafísicos"* (Simmel, G. 2003 [1900]: 4).

A su modo, Simmel concibe a la cultura como una "expresión" dialógica entre las dimensiones en cuestión antes que como el resultado directo de alguna de ellas sobre la otra, estableciendo la posibilidad firme de una reciprocidad sin fin entre estas dimensiones. Partidario de una interpretación que considere fundamentalmente la "unidad de las cosas" apela a una dialéctica favorable a una interpretación unitaria que conciba siempre una construcción ideal por medio de otra económica, respetando y comprendiendo la última, a su vez, en razón de otras de tipo ideal que inacabadamente deben ser interpretadas en virtud de la infraestructura económica general (Simmel, G. 2003 [1900]). No obstante la observación y mención reseñadas, también debe considerarse la aclaración de Simmel –para distanciarse de Marx con igual fuerza en la misma obra-, sobre que

a pesar de lo expresado, también se debe clarificar al lector en cuanto a que las ideas desarrolladas no se corresponden en “una línea” (Simmel, G. 2003 [1900]: 3) con el espíritu de la economía política (4).

Los argumentos de Simmel deben comprenderse a partir de los intercambios económicos como manifestaciones más externas, pero que siempre derivan en un hecho psicológico, moral y hasta estético. El dinero, como equivalente universal y regulador de esas relaciones actúa, en tanto cultura objetiva, como mediador total. A la vez, el mundo vital es comprendido como un tipo de subjetividad simbólica que es “objetivada” dentro del dinero y que para la época tiene como uno de sus rasgos característicos la existencia de una dialéctica por la cual los valores de cambio y la equivalencia monetaria –que antes, en la comunidad, referían a las propiedades de los objetos–, en el capitalismo, se extienden a las percepciones más generalizadas (Lash, S. 1999) (5).

El dinero, junto a la economía monetaria que todo lo permea, es para Simmel un hecho fundamental para la contribución de la conformación de particulares “formas espaciales”, que son el resultado de formas sociales específicas de interacción en el contexto de la modernidad. En definitiva, son formas sociales que tienen al dinero como causa y efecto y que, a su vez, son las que separan social y espacialmente al sujeto de su posesión.

## **Comunidad y Sociedad. Condiciones psicogeográficas.**

La interdependencia entre la economía monetaria y los cambios en la superestructura anímica –o bien las relaciones existentes entre la división social del trabajo, consolidada durante el siglo XIX, y el incremento de los estímulos externos, y/o el crecimiento de la indolencia y la inteligencia– son algunos de los fenómenos estructurales y superestructurales sobre los que, a nuestro juicio, Simmel ha planteado sus ideas acerca de la vida mental de las metrópolis para aquel momento. En suma, son una serie de hechos que están en la base de la explicación que caracteriza sociológicamente el pasaje hacia una sociedad de masas junto a la emergencia de la gran ciudad, simultáneamente con un proceso por el cual las modificaciones que surgen en el individuo son inevitables en una sociedad masificada. Ello deriva en un conjunto de consecuencias psicogeográficas cuyo escenario y variable independiente es la metrópolis. En este sentido, no hay posibilidad de retorno a un pasado de comunidad, ni de vuelta a la pequeña aldea. La posibilidad real de que el individuo pueda resistir siempre con éxito a las reglas impersonales son evaluadas con resultados pesimistas a la vez que optimistas por parte de

Simmel. En parte se trata de una posibilidad que está obturada desde “afuera” y que llena la vitalidad interior del individuo contaminado – “aquí” (espacio/la metrópolis) y “ahora” (tiempo/el de la modernidad)-, pero que también genera las condiciones psicogeográficas para la existencia de un individuo más libre.

Para Simmel las metrópolis y el progreso del tipo aquí caracterizado son el exponente máximo del avance de la cultura objetiva sobre el individuo. En este sentido, lo que él mismo denomina consecuencias psicogeográficas en la vida mental de los habitantes de las metrópolis (Simmel, 1986 [1903]) no son el producto de una relación mecánica o exterior entre hombre y medio –como para la época interpretaron mayoritariamente las geografías de corte naturalista- sino el resultado de los nuevos marcos de sociabilidad y en un escenario diferente al conocido hasta el momento. Las metrópolis generan un tipo de consecuencias en el entramado de la cultura urbana que están directamente relacionadas con el crecimiento cuantitativo –de impacto en lo cualitativo- de los estímulos –contactos cara a cara, miradas, diferencias socioculturales, entre otros- a los que se ve expuesto el habitante de la gran ciudad.

La única capacidad de resistencia que tiene el individuo ante la conformación del medio hostil, gran ciudad, es el desarrollo del entendimiento (6). Por el entendimiento, y entonces, por el acrecentamiento de la conciencia, el individuo es capaz de desarrollar ejercicios y estrategias de indiferencia e indolencia. *“El entendimiento es, de entre nuestras fuerzas interiores, la más capaz de adaptación; por lo que sólo el sentimiento más conservador sabe que tiene que acomodarse al ritmo de los fenómenos. De este modo, el tipo del urbanita (que, naturalmente, se ve afectado por cientos de modificaciones individuales) se crea un órgano de defensa frente al desarraigo con el que le amenazan las corrientes y discrepancias de su medio ambiente externo: en lugar de con el sentimiento, reacciona frente a éstas en lo esencial con el entendimiento”.* (Simmel, G. 1986 [1903]: 156).

Por oposición a la vida del campo y de la pequeña ciudad, configuradoras de un carácter y personalidad diferentes, la gran ciudad recrea estilos de vida y modos de sociabilidad de una cultura objetiva que dejó atrás aquella que caracterizaba a la vida rural. A causa de la “urbanización” y la “sociedad de masas” las relaciones basadas en la sensibilidad y el sentimiento son desplazadas por el cálculo y la generalización de una economía monetaria que encuentra en el dinero un equivalente universal que permea la base de todas las relaciones sociales (7).

La indiferencia y la indolencia son estrategias de “supervivencia” en poder del *urbanita*. Simmel expresa en su capítulo sobre las metrópolis –que puede ser visto como una descripción por oposición/negación a un tipo de sociedad anterior- una serie de observaciones sobre la personalidad humana en “construcción” que no sólo remiten a lo negativo del proceso. En este sentido cabe analizar que el proceso, si bien caracterizado por un importante entramado de “contras”, también crea por oposición condiciones de posibilidad para manifestaciones “positivas” y a su juicio optimistas sobre este mismo *urbanita*. Entonces el proceso de modernización/urbanización, para Simmel, lejos de ser lineal implica “pros” y “contras” que si bien mueven a preguntarse por la probable contradicторidad de sus enunciados, permiten delinear la personalidad compleja de la subjetividad humana/urbana emergente.

El dinero, la economía monetaria, la división del trabajo crean un conjunto de posibilidades objetivas/subjetivas que en el espacio de la metrópoli contribuyen al incremento de la vida nerviosa y a las transformaciones en el carácter que hacen del *urbanita* por una parte, un tipo de individuo más impersonal, desvalorizado y más indolente, y por otra no obstante iguales causas, más independiente. Esto es, en la medida que la historia de la cultura se torna tragedia, por el contrario y a la vez, la gran ciudad y modernidad favorecen la liberación de los individuos de las ataduras históricas y la posibilidad de diferenciarse los unos de los otros. La gran ciudad que emerge en el proceso descrito durante el siglo XIX, establece grados de libertad desconocidos para modos de vida anteriores.

Difícil de establecer definitivamente en Simmel si por “contexto espacial” metrópoli o por “efectos de la modernidad” o por ambas a la vez –pero con seguridad en la economía monetaria y cultura retroalimentándose indefinidamente–, el *urbanita* al mismo tiempo que ha desarrollado sus propias estrategias de supervivencia es más “libre” (Simmel, G. 1986 [1903]), “...*el urbanita es “libre” en contraposición con las pequeñeces y prejuicios que comprimen al habitante de la pequeña ciudad*”. (Simmel, G. 1986 [1903]: 164).

## **A modo de conclusión**

Establecer conclusiones definitivas y lineales sobre el pensamiento de Simmel es poco fructífero y adecuado dada la riqueza y diversidad de posturas que asumió frente a un mismo problema en diferentes momentos de su vida intelectual. Con menor grado de pretensiones, hemos intentado desarrollar en dos partes una serie de enunciados que nos sirvieron a los fines de establecer analíticamente sus

perspectivas acerca de la naturaleza sociológica del espacio y sus concepciones sobre las metrópolis y la cultura que se desarrolla en ellas. En este sentido, resulta necesario, dado las características intelectuales del autor, aclarar que, si bien existen posibilidades legítimas de buscar equivalencias conceptuales entre sus concepciones del espacio y las del espacio metropolitano, creemos que nada de eso se propuso el autor al momento de la escritura de sus enunciados. El impresionismo con el que Simmel ha procedido en su vida y en su obra intelectual le ha permitido escapar de la búsqueda de una teoría monolítica y omnicompreensiva de la sociedad –y mucho menos del espacio- por la cual todos los fenómenos y situaciones pudieran ser explicables deductiva y linealmente.

Creemos que los aportes de Simmel, interpretaciones propias mediante fundamentales para cualquier abordaje cultural –desde la Geografía u otra disciplina- cuando se trata del espacio y el espacio urbano; tanto por las contribuciones que el mismo ha desarrollado sobre su ontología cuanto por las preguntas que ellas pueden ayudar a generar acerca de la simbología y la imaginación urbanas. Asimismo, creemos que sus marcos, aún cuando refieran a grandes ciudades fuera de la región y para un momento socio-histórico relativamente lejano –inicios del siglo XX- resultan de profunda actualidad debido a lo complejo y abarcador de los cambios actuales, como de alguna manera ha sucedido con el pasaje de la comunidad a la sociedad y de la aldea a la metrópolis durante el siglo XIX.

En algunos casos, estimamos que los estudios de carácter “micro” sobre lo urbano han prescindido de los contextos socio-económicos ignorando o soslayando las profundas mutaciones macroeconómicas aún en curso, mientras que por el contrario, las visiones esencialistas de lo económico han obturado cualquier pregunta sobre la experiencia humana. En este sentido, consideramos que los cambios urbano-regionales más recientes, tanto en lo que refiere a los de raíz económica-productiva como los que corresponden a los de naturaleza más subjetiva y del comportamiento humano, merecen su atención desde los puntos de vista que ha propuesto, en su momento, Simmel.

## **Notas**

(1) Para la misma época, en Alemania, una serie de obras pertenecientes a F. Ratzel –desde 1882 a 1891– toman como objeto de discusión y reflexión el espacio y su relación con la sociedad. Para Ratzel las condiciones geográficas –concebidas de modo exterior a la sociedad- y el ambiente interfieren en los razonamientos explicativos de los procesos

sociales, políticos y culturales. En este punto, y de modo radicalmente opuesto, Simmel consagra para al espacio un punto de vista confrontativo al de la Geografía y buena parte del racionalismo de la época que consiste –sucintamente y a desarrollar en el cuerpo del trabajo- en comprender el espacio sociológicamente como una forma social.

(2) El carácter opositor a la explicación generalizante positivista provenientes de Rickert, Dilthey, Windelband y su transposición a la Geografía son forjadores de una geografía kantiana/neokantiana de carácter confrontativa a la *Antropogeografía* naturalista de F. Ratzel por parte de Hettner, y la geografía regional. Algunas expresiones de Simmel cuando reflexiona sobre el espacio y la sociedad (Simmel, G. 1908:215) retoman y discuten el *determinismo geográfico*, y las relaciones entre la vida sentimental y las configuraciones espaciales sentidas como “únicas” por parte de sus habitantes, aunque lo hace inscripto en el espiritualismo y el contingentismo.

(3) Dentro de los “sociólogos de la modernidad” Ferdinand Tönnies es probablemente uno de los autores alemanes más presentes en Simmel en cuanto a su reflexión sobre la modernidad, la urbanización y sus consecuencias. Tönnies señala frecuentemente la descomposición de la comunidad pueblerina y las diferencias del modo de existencia atribuibles a la comunidad (*Gemeinschaft*) frente a la sociedad (*Gesellschaft*). En Tönnies, y en parte observable en Simmel, la comunidad posee nexos sociales intensos con valor intrínseco y no dependen de ningún propósito exterior y ulterior a ellos mismos. Mientras que en la sociedad, por el contrario, la diferenciación de medios y fines en las relaciones sociales se completa y la acción social obedece a la voluntad racional y encuentra su motivación en fines exteriores. Así, las personas tienen un tipo de comportamiento por el cual perciben al grupo como una entidad natural y durable creada por fuerzas o seres sobrenaturales, mientras que en la sociedad el grupo es percibido como una entidad artificial y cambiante supeditado a los intereses individuales. Para Tönnies, y en virtud de una progresión evolucionista, la sociedad es característica del urbanismo; la racionalidad y el cálculo del interés personal y político reemplaza los lazos familiares, religiosos y de amistad. En parte, y en tensión, la preocupación de Simmel por el pasaje de un modo y estilo de vida a otro, ahora moderno como parte de las transformaciones de la cultura objetiva y subjetiva, son hallables desde el momento en que Tönnies elabora sus escritos. En Simmel, la descripción de las condiciones psicosociales para el nuevo tipo de existencia *Gesellschaft* y la vida moderna son fundamentales.

(4) Algunos autores como Frisby, (1992) al detenerse en los escritos de Simmel de la *Filosofía del dinero* han encontrado importantes instancias de diálogo con Marx, o en particular lo que algunos denominan el joven Marx. Esto, entendemos nosotros, puede observarse entre otros textos, en el punto sobre “Trabajo enajenado” de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Como continuidad entre uno y otro puede hallarse un diálogo en lo que hace a “enajenación” y “alienación” que provocan la separación entre el productor y su producto. Con relación a este problema, Marx establece como su raíz el trabajo enajenado, la vida enajenada, como causa primero y resultado después del movimiento de la propiedad privada, del mismo modo que los dioses no son originariamente la causa sino el efecto de la confusión del entendimiento humano (Marx, 1844). Con énfasis en la relaciones de producción capitalistas en Marx, la cuestión en Simmel se revé; aunque en éste observando el proceso de separación entre productor y producto como causa de la alienación que se produce en una economía monetaria y las relaciones de intercambio.

(5) Scott Lash, *A Different Rationality*. “Símbolo y Alegoría: Simmel y la Sociología Alemana” Blackwell Publishers, 1999. En este mismo texto Lash aclara: “Si para Nietzsche el principal principio socializador destructor de la vida fue el cristianismo y sus pálidos seguidores ideológicos, la democracia o el socialismo, para Simmel este era el dinero. Si el principio de *Vergellschaftung* para Nietzsche tenía lugar a través de la moralidad o la ideología, para Simmel (como para Marx) esta tenía lugar a través de una cosa. Para Marx este era en efecto una cosa abstracta (el capital) la cual encarnaba una relación social. Para Simmel este era el dinero”. (Lash, S. 1999: 128).

(6) Si bien con mayor especificidad en “La metrópolis y la vida moderna”, la cuestión del desarrollo del intelecto y de la capacidad de abstracción también son un problema que analiza en su *Soziologie* al momento de abordar otros puntos y temas como: “Proximidad y alejamiento”, “Relaciones de contacto”, “Distancias mínimas” y “Vecindad”.

(7) Otro vínculo entre Marx y Simmel puede observarse en *El Capital* para el *fetichismo de la mercancía*. Sosteniendo esta hipótesis Watier (2005) entiende que de modo similar a Marx, Simmel comprende que las relaciones entre humanos son reemplazadas por relaciones entre las cosas. Así: “son los objetos mismos los que se intercambian por intermedio de individuos que se han vuelto prisioneros de ese mecanismo. La autonomización de la economía libera de barreras morales, y de ello surge una indiferencia respecto de las consecuencias sociales de sus operaciones que ya no hay que demostrar”. (Watier, 2005: 90).

## **Bibliografía**

FRISBY, David: **Fragmentos de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin**, Madrid, La balsa de la medusa, 1992.

FRISBY, David: **George Simmel**, México, FCE, 1993.

LASH, Scott: **Another Modernity, A Different Rationality**, Oxford, Blackwell Publisher, 1999.

MARX, Karl: **Manuscritos de economía y filosofía**, Madrid, Alianza, 1975.

SIMMEL, George: **Sociología. Estudios sobre las formas de socialización**, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1939.

SIMMEL, George: **El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura**, Barcelona, Península, 1986, Ed. Original, 1903.

SIMMEL, George: **Sobre la aventura**, Ensayos filosóficos, Barcelona, Península, 1988.

SIMMEL, George: **Filosofía del Dinero**, Granada, Edición Comares S.L., 2003, Ed. Original 1900.

WATIER, Patrick: **Georg Simmel sociólogo**, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.

*Fecha de recepción: 14 de junio de 2010*

*Fecha de aprobación: 06 de julio de 2010*